

52 Mayo

HEMEROTECA
MUNICIPAL





LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

SUPLEMENTO ILUSTRADO

DIRECTOR ARTÍSTICO: D. JOSÉ GÄRTNER DE LA PEÑA

AÑO II · Nº 37

Madrid Setiembre de 1895

OFICINAS · FACTOR, 7

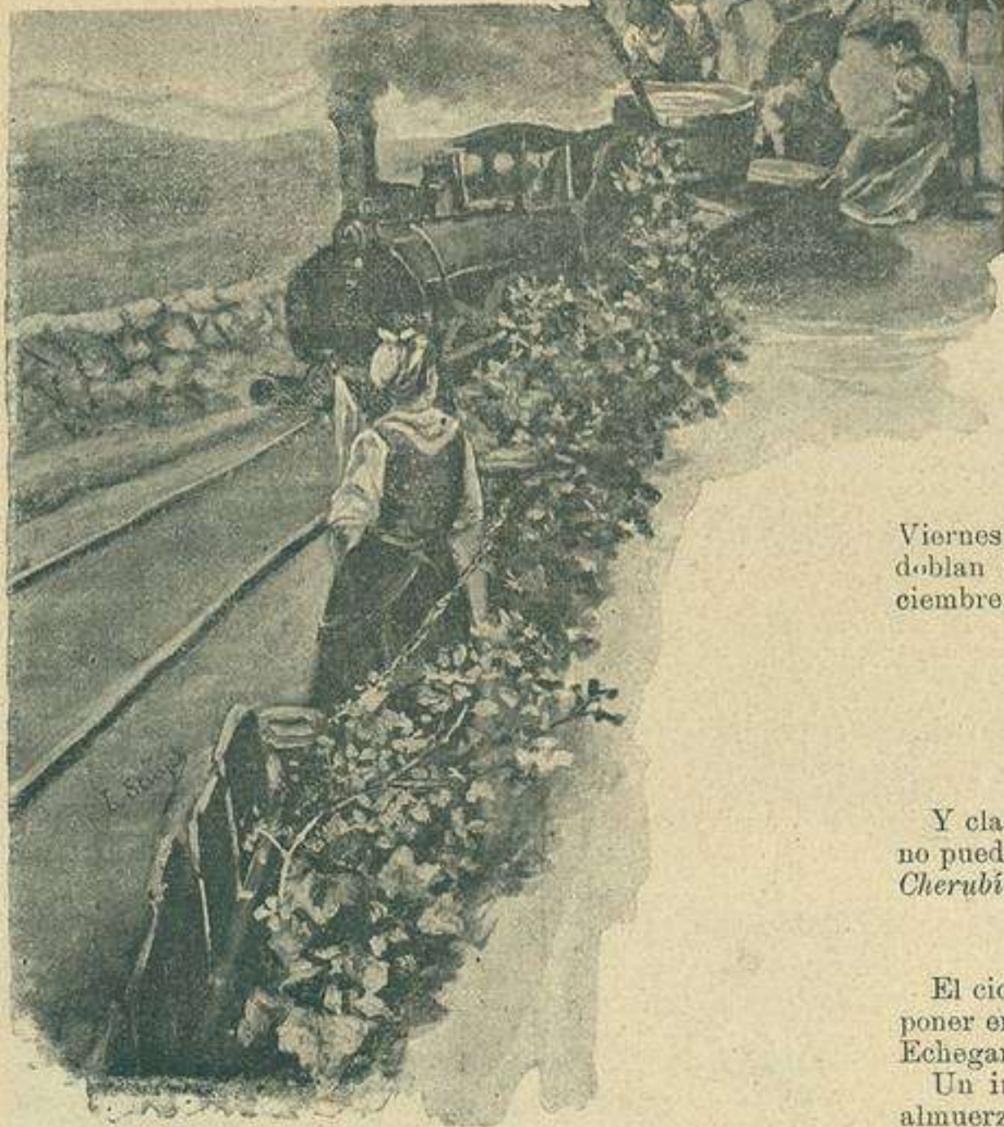


JIMENEZ ARANDA



COLECCION GARCIA VELA (EL HERBOLARIO)

SEPTIEMBRE 1895



QUISICOSAS

Un guardaaguja reflexivo que va para filósofo y literato, me ha confiado algunos pensamientos de una obra que tiene en estudio, titulada: «El tren botijo moral, física y sociológicamente considerado».

El autor es inflexible en sus principios é incluye en la categoría de *botijistas* á todos los que llevan papelitos de color y no de cartulina, ya pertenezcan á la clase de duquesas de *Mascarilla* y de *Monte Cristo*, ya paguen contribución como patronas de Tabacada.

La audaz locomotora pita siempre—escribe con su mijita sindéresis nuestro hombre; —pero al principio del [verano silba á los que se quedan, y en cuanto llega el otoño, á los que vuelven. Ved á los viajeros á la ida alegres, bulliciosos, sonrientes, mirando con desden al mundo; la gente que los despide, triste, envidiosa, cariacontecida.

Al regreso los papeles se han invertido: las caras largas, cansadas y mustias, vienen dentro de los coches. En los andenes retoza la alegría y á veces la risita burlona.

El *botijo*, metafóricamente hablando, se ha rezumado con los calores, y en algunos casos ha sufrido serios descacharramientos, cuándo en la panza, cuándo en la boca, cuándo en el asa.

¡Oh jóvenes incautos! ¡Desconfiad de las niñas elegantes de ida y vuelta!

¡Oh doncellas núbiles! ¡Escamaos ante los conquistadores á precios reducidos y á fecha fija!

Pronto pasó el amor de verano, más pronto que el ferrocarril y casi tan pronto como el dinero que se os llevaron el huésped incivil donostiarra, los caballitos del Casino y las ruletitas coquetonas destinadas al bello sexo.

Hagamos una *boule* sobre los resultados amatorios del tren botijo en sus diversas manifestaciones. Por cada boda que se verifique relacionada directa ó indirectamente con el veraneo de quiero y no puedo, ponemos mil duros; y en cambio que se nos dé una peseta por cada aventura fracasada que no tenga su desenlace lógico y natural en la vicaría.

Si se procede de buena fe, nos comprometemos á pagar las primas que andan por ahí volando sobre el ensanche de Madrid, los picos de los *Panamases* pequeños y grandes que de vez en cuando saca á relucir la prensa, y hasta una estatua de oro macizo al primer ministro que no ponga su firma al de una cesantía injusta.

* * *

Los teatros empiezan ya la nueva temporada.

Las compañías no están formadas más que por primeros actores y primeras actrices, y no se anuncia una obra sin el clásico alitamento de la «extraordinariamente aplaudida» comedia ó zarzuela ó lo que sea.

Cada noche hay un lleno en cada teatro: las galerías «rebotantes» de gente; los cómicos «se exceden á sí mismos». El público está «en constante hilaridad, «ó ríe los chistes» á mandíbula batiente».

Y á pesar de esta crítica de repertorio que, por estas fechas, sale á relucir como las castañas el día de Difuntos, los ramitos de violetas á fines de enero, y la carita de Dios, á cuarto y á dos, en la mañana del

Viernes Santo, verán ustedes como la mitad de las empresas nos doblan el cabo de las Tormentas de la primera quincena de diciembre.

¡Ay cuánto de fátiga!
¡Ay cuanto de dolor está presente
al artista sin miga,
al cantante valiente
y al coro de señoras juntamente!

Y claro: con diez ó doce teatros funcionando el invierno entero, no puede menos de destacarse en el horizonte todo un porvenir de *Cherubinis*.

* * *

El ciclismo tiene ya su pontífice, y un pontífice que lo puede poner en verso y aun sacarlo á la apoteosis de la escena: cuenta con Echegaray.

Un iniciado de Vigo le pronunció un discurso al fin de un almuerzo, y subido en la trípode, ya que no en la bicicleta, dijo:

—Dios hizo un sabio y luego hizo un genio, y los fundió á los dos en uno solo, y colocó sobre los hombros de aquel ser excepcional la cabeza de un angel; y ahí lo tenéis: ese es, nuestro gran dramaturgo, nuestro ilustre amigo, nuestro jefe indiscutible.

A lo que contestó con donaire el insigne autor de *Locura ó santidad*:

—Mejor sería que me hubiera dado alas ó músculos más recios en las piernas, sobre todo para estos achaques del velocípedo.

Mas á pesar de las protestas y de la modestia del ilustre autor, todo el *sport* rotativo se enorgullece en tenerlo por correligionario, y el ciclismo ha iniciado ahora un movimiento filosófico trascendental que puede llevarlo muy lejos; nada menos que á un *record* en torno de las soluciones del socialismo, del anarquismo y del colectivismo. Ya estamos viendo á Pablo Iglesias de apóstol con ruedas.

Esperemos ver el hemicycle del Congreso convertido en velódromo, y ¡válganos San Pedro! ni siquiera hay que discutir sobre quién será el campeón que bata siempre el record de la lata.

Por supuesto, para modernizar la palabra, deberá denominarse en adelante el hemicycle «hemicycleta del Congreso».

* * *

La última novedad es una colección de conetos, hijos de un señor D. Ventura F. y no sé que más, y por él bautizados con el nombre de *Teologales*.

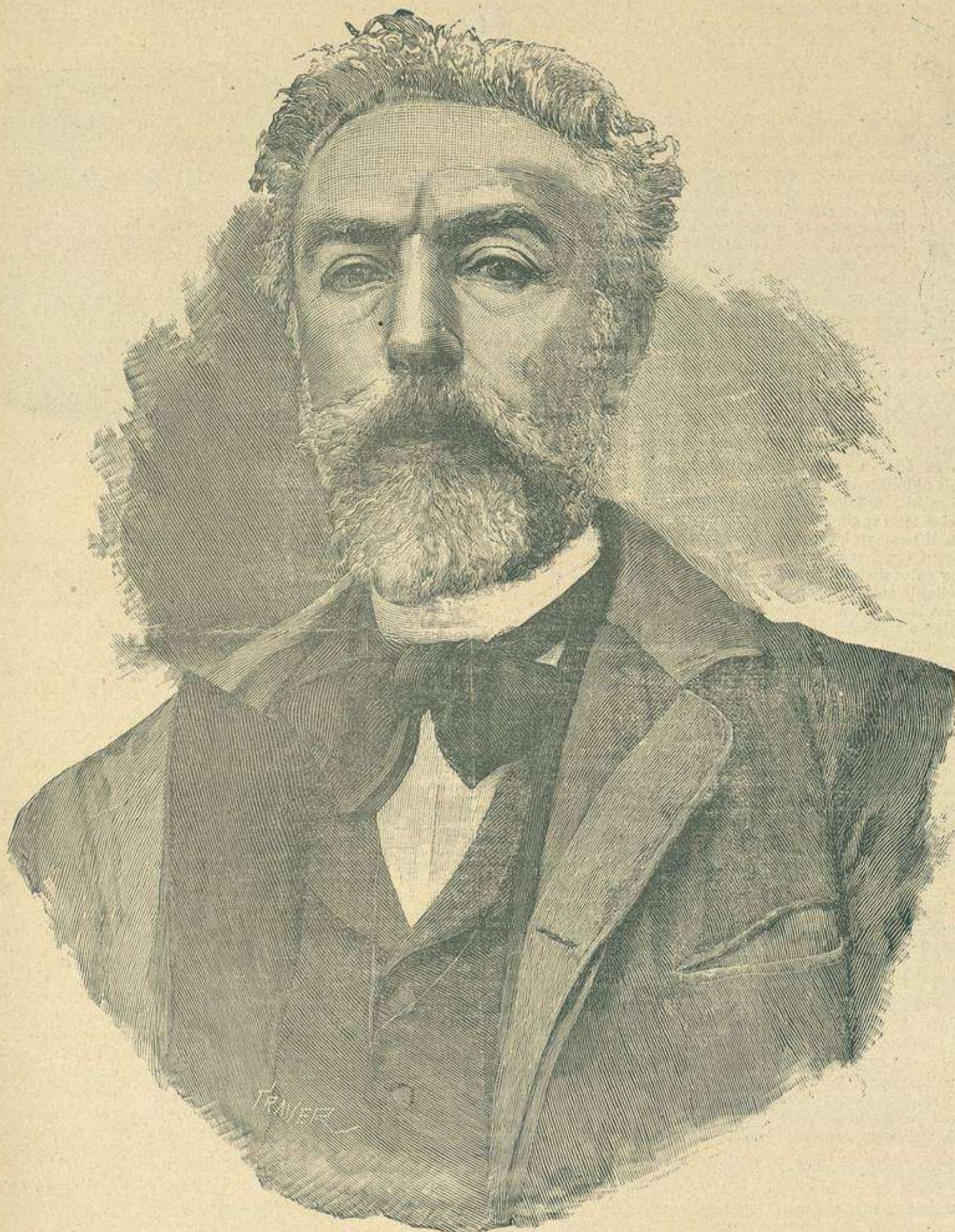
Hay quien atribuye á los sonetos de D. Ventura los ruidos en el sótano ó donde sea, del convento de Concepcionistas de la calle de Sagasti.

El autor no ha tirado más que cincuenta ejemplares, y es lástima, porque ha debido tirar muchos más.

Como que, en leyendo uno, siquiera, se siente el menos poeta inspirado por dentro para componer sonetos y artesones.

Confiemos en ver pronto á D. Ventura en la Academia.

GALERIA ARTISTICA



JOSÉ JIMÉNEZ ARANDA.

VIDAS PARALELAS



A no hay quien baile!—decía el doctor Antúnez en su *peña* del Casino—el baile como arte ha muerto. La última bailarina que hubo en Madrid fué la Corsini. ¡Qué mujer aquella, qué derroche de gracia en sus movimientos, qué cuerpo tan primorosamente formado para las gallardías de la danza! Esbelto, finísimo, de líneas, vibrátil y escultural á un tiempo mismo, con ligereza de ave y plasticidad de estatua... ¡Un portento, un prodigio la mujer aquella!

Y el doctor Antúnez, célebre especialista en enfermedades del corazón, viscera cuyas dolencias conocía perfectamente desde su borrascosa juventud, quedóse como en éxtasis, contemplando entre las espirales de humo de su cigarro, el aéreo cuerpo de la Corsini, que ascendía por el aire con la tenue y azulada encarna-

ción del recuerdo.

¡El baile ha muerto efectivamente!—exclamó con voz sonora el conocido *sportman* Julio Broza—porque su último representante, el último artista coreográfico que ha habido en Madrid fué...

—¡Un caballo!—interrumpió á coro toda la *peña*, conocedora de las manías hípicas de Broza.

—Un caballo, ustedes lo han dicho—prosiguió éste sin desconcertarse—el caballo anglo-árabe *Danzer*, cuyas maravillosas habilidades aplaudió hace ya largos años en el Circo. Sus finísimos remos se estremecían con la sensación de la música, y apenas la orquesta del Circo saludaba preludiando un vals su aparición en la pista, aquel gallardo animalito, erguida la cabeza, brillantes los ojos, suelta y airosa la apostura, se transfiguraba, se convertía en la encarnación alegre y juvenil de la danza. ¡Qué gracia en sus movimientos, qué gentileza en sus actitudes, qué admirable instinto de las armonías y de las elegancias del baile!

—¿Y qué ha sido de la Corsini?—preguntó al doctor uno de la *peña*.

—¡Dios lo sabe!—respondió Antúnez.—Se casaría, llenándose de hijos, esos eternos enemigos de las líneas escultóricas y de los airosos batimanes.

—¿Y del célebre *Danzer*?—le interrogaron irónicamente á Broza.

—También ha perdido su pista—respondió concisamente éste.

Alguno arguyó que la historia de *Danzer* podía Broza compendiarla en los dos malos versos siguientes:

«Te vi bailar en la arenosa pista
y te perdi en ella, ilustre artista.»

—Sí, burléense ustedes cuanto quieran—exclamó Broza;—pero ninguno de ustedes siente el vals como lo sentía aquel animalito, y por algo se empieza.

* * *

Pocos días después de esta conversación, el doctor Antúnez, fatigado de las tareas de su consulta, disponíase ya á abandonar su despacho, cuando le anunciaron la visita de una nueva cliente.

Avanzó con cierta timidez la enferma hacia la mesa del famoso médico, y el doctor, señalándole un sillón, dejóse caer en el suyo, articulando en seguida las siguientes preguntas:

—¿Palpitaciones... ahogos? ¿No es eso?... ¿Su edad de usted, señora?

La enferma, después de un instante de vacilación, respondió con marcado acento extranjero:

—Cuarenta y dos años, señor; ¡pero he sufrido tanto!

Y, efectivamente, en su rostro expresivo de mujer bonita, ajada por las tormentas de la vida, notábanse hondas huellas de continuos dolores y sobresaltos.

Contemplóla el doctor un instante, y le pareció que la figura de la enferma renacía en su memoria, pero con vestidos muy alegres y sutiles, no aquéllos negros y modestos que en realidad su consultante llevaba; mas como ya le había sucedido diversas veces imaginársele conocer á personas que jamás había visto, juzgó que era una nueva jugarreta de su fantasía, y entornando los ojos dijo:

—¿Sería usted tan amable que me refiriese los principales sínto-

mas de su enfermedad, lo que usted haya observado; los padecimientos en suma?

Y cerrando por completo los ojos, se dispuso á escuchar la respuesta.

Pero pasó un instante, la espera se prolongó y la respuesta no llegaba; abrió por fin los párpados y notó que su muda cliente contemplaba con cara de asombro un retrato de mujer colocado en la biblioteca sobre un montón de libros.

—¿Señora?...—murmuró el doctor.



Y ella, señalando el retrato, dijo con trémula voz:

—¡Soy yo!

—¡La Corsini!—exclamó emocionado Antúnez.

Y respondió la infeliz:

—¡Cuánto he llorado desde entonces, Antonio!

El doctor acercóse á la enferma, diciéndola cariñosamente:

—¿Conque eres tú, hija mia? ¡Y yo sin conocerte!

La asió las dos manos, que le abandonaba ella, exclamando:

—¡Yo tampoco te había reconocido! ¡Eramos tan felices... Soy tan desgraciada!

Y copiosas lágrimas resbalaron por sus mejillas.

—¡Cuéntame, cuéntame!

La Corsini contuvo al fin su llanto, y dijo:

—Me abandonastes en medio de mis triunfos; tus celos, las sonrisas que me era preciso distribuir entre mis adoradores; en fin, tú lo sabes; ¡fué un hermoso sueño! Recorrí después las principales ciudades de Europa, siendo en todas ellas codicia de los hombres y envidia de las mujeres; mi *camerino* estaba siempre atestado de flores, mi presencia en escena producía murmullos de admiración y los periódicos me llamaban el hada del baile, el encanto de los sentidos, la cifra de la armonía, el asombro de los ojos. Después fui á Venecia y me casé.

Mi marido también pertenecía al arte, no al mio, sino al del canto. Era barítono, buen mozo, voz pastosa... un calavera completo. Tuvimos varios hijos: yo seguía bailando; él por suparte no buscaba contratas.

Mi cuerpo empezó á deformarse y mis ojos á oscurecerse de tanto llorar... Fuimos á América; perdí dos hijos... El público no me aplaudía como antes, los empresarios regateaban mis sueldos... mi marido me abandonó.

Vine á España contratada y en compañía de mi último hijo; he bailado, muerta ya, en todos los teatros de provincias... Falleció también mi hijo más querido...

Caí en Madrid no sé cómo; mis padecimientos del corazón se agravaron; me dijeron que había un doctor que los curaba, el doctor Antúnez; no recordé tu apellido, acostumbrada á llamarte sencillamente Antonio, y en un mísero simón, que á la puerta me espera, sin alma, sin vida, sin esperanza... aquí me tienes. ¡Dime si puede haber desgracia mas grande!

—¡Pobrecilla, pobrecilla!—murmuraba realmente emocionado el doctor Antúnez, acariciando aquellas afiladas y exangües manos que fueron ¡ay! tan bellas; y después procurando apartar la imaginación de la enferma de tan dolorosas realidades; la preguntó con las ansiosas alegrías del pasado en los ojos.—¿Te acuerdas, te acuerdas?

Sí; la Corsini se acordaba de todo: de todas las locuras, de todos los esplendores de su vida, de todo su cariño, de todos sus triunfos, de todo, de todo... y por obra de la varita mágica de sus recuerdos, su decadente cuerpo recobraba la gallardía de antaño é iban teniendo brillo sus ojos, su semblante color, su voz entonaciones juveniles...

Las evocadas y esplendorosas memorias le desceñían el modesto traje negro que vestía para rodearla de aéreas gasas y ajustarla su crugiente corpiño de blanca seda; entre sus grises cabellos saltaban fulgores de brillantes y el aroma de un ramo de flores la subía desde el pecho á los avivados sentidos. Era aquello una embriaguez, un delirio, la resurrección de la pasada vida.

Y sucedió que mientras la célebre bailarina y el afamado doctor recordaban de esa suerte los encantos y los triunfos de su juventud,

—¿Está usted triste, doctor?—preguntaban cierta tarde á Antúnez en su *peña* del Casino.

—Sí, no puedo negarlo, y contaré el por qué. Hace dos meses estuvo en mi casa á consultarme una mujer que yo había querido y admirado mucho: la Corsini. Padecía del corazón y hallábase sin duda muy mal de intereses. Prometió volver por mi casa y no me dejó las señas de la suya... No volvió, la busqué inútilmente. Ayer me dijo el doctor Suárez que hoy tenía una buena autopsia en su



un organillo callejero, situado frente á la casa, rompió en un diluvio de vivas y bulliciosas notas, las cuales formaban el preludio de un vals; esa marcha real de todas nuestras alegrías, y con el ritmo de aquella música, el cuerpo de la Corsini sentía el inquieto hormigueo de las antiguas armonías, de los graciosos movimientos, de las esculturales actitudes.

Púsose en pie emocionada y temblorosa, diciéndole al doctor:

—¡Antonio! por Dios te lo pido, acompáñame al coche; vendré otro día y hablaremos de mis males; hoy me es imposible... imposible...

Dióle el brazo Antúnez, llegaron á la escalera, el vals seguía sonando en la calle, descendieron lentamente, y una vez en el portal, no pudiendo la bailarina contener por más tiempo su ansia de artísticos movimientos ni sofocar el recuerdo de sus triunfos, le dijo á Antúnez:

—¿Te acuerdas?

E hizo una de sus piruetas más graciosas y difíciles.

Después salió á la calle para tomar el coche; pero ella, y el doctor que la seguía, hubieron de detenerse ante un grupo que les interceptaba el paso y del cual partían estentóreas carcajadas.

El muchacho del organillo se reía también como un loco, apresurando cuanto le era posible el ritmo de su música. El coche que había traído á la Corsini sufría bruscas oscilaciones. El simón juraba como un condenado; la gente no se hartaba de reír, ¿qué sucedía?

¡Que estaba bailando el caballo!

Sí, flaco, desmedrado, sucio, viejo, bailaba el pobre jaco con la fe de un artista, haciendo crujir todos aquellos humildes y recompuestos arneses, menguadas varas y prehistórico coche, los cuales no habían pensado nunca que su ancianidad pudiera ser traqueteada de aquel modo.

Por fin, el chico del organillo, hipando de risa, soltó el manubrio, cesó la música y el caballo se afirmó sudoroso y jadeante. Montó en el coche la Corsini, descargó el simón una lluvia de palos sobre su bailarín jamelgo, y éste con los escozores de la paliza, hizo como que tomaba un vergonzoso trote.

—¡Es Danzer, es Danzer!—gritaba mientras tanto, señalando al molido rocín, el bueno de Broza, que se hallaba entre los curiosos.

Antúnez, refiriéndose á la Corsini, le respondió:

—¡Es ella, es ella!

Y mientras ambos amigos decían esto, se perdía á lo largo de la calle aquel archivo de pasados triunfos, aquel desvencijado coche arrastrado por el último bailarín y en el que iba la última bailarina.

clínica: una mujer que había fallecido en el Hospital, víctima de una extraña afección cardíaca. Prometí asistir á la autopsia; he ido, y sobre el frío mármol de la mesa de disección he visto desnudo, cárdeno, agarrotado por la muerte aquel cuerpo lleno de gracia, de belleza vibrátil y escultural á un tiempo, con ligereza de ave y plasticidad de estatua, que adoré, que admiré... ¡el de la Corsini, en suma! ¡Es horrible, es horrible! Los instrumentos de disección se cebaron en él... ¡Repito que es espantoso!...



—¡Infame, verdaderamente infame!—exclamó en esto Broza, entrando en la sala del Casino.—¡Sostengo que las corridas de toros son una fiesta intame!... El tercer toro... no he visto más; el tercer toro... sale, mira, escarba acomete, huyen los peones, encuentra un misero caballo en su camino, el cobarde picador se lo abandona, lo derrumba, se ceba en él; surtidores de sangre encharcan la arena... Era Danzer, el célebre Danzer, uno de los brutos más hermosos, más ágiles, más artistas que han nacido. Manotea, dobla el cuello, muere. ¡Es infame, verdaderamente infame!

La Corsini sobre una mesa de disección. Danzer revolcándose en la ensangrentada arena de la Plaza de toros... Así acaban esos dos triunfadores de la vida...

¡Gloria, no eres más que un nombre!

JOSÉ DE ROURE.

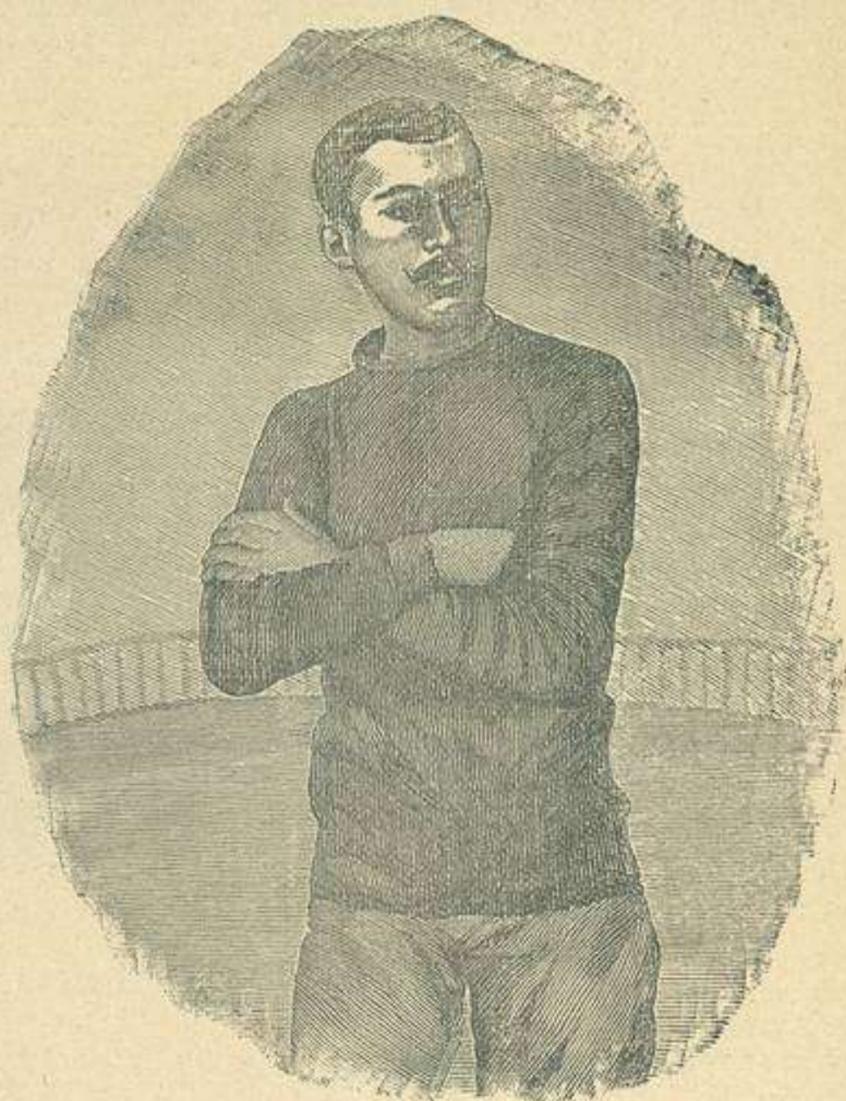
* * *

SAN SEBASTIAN-MADRID

LOS VENCEDORES



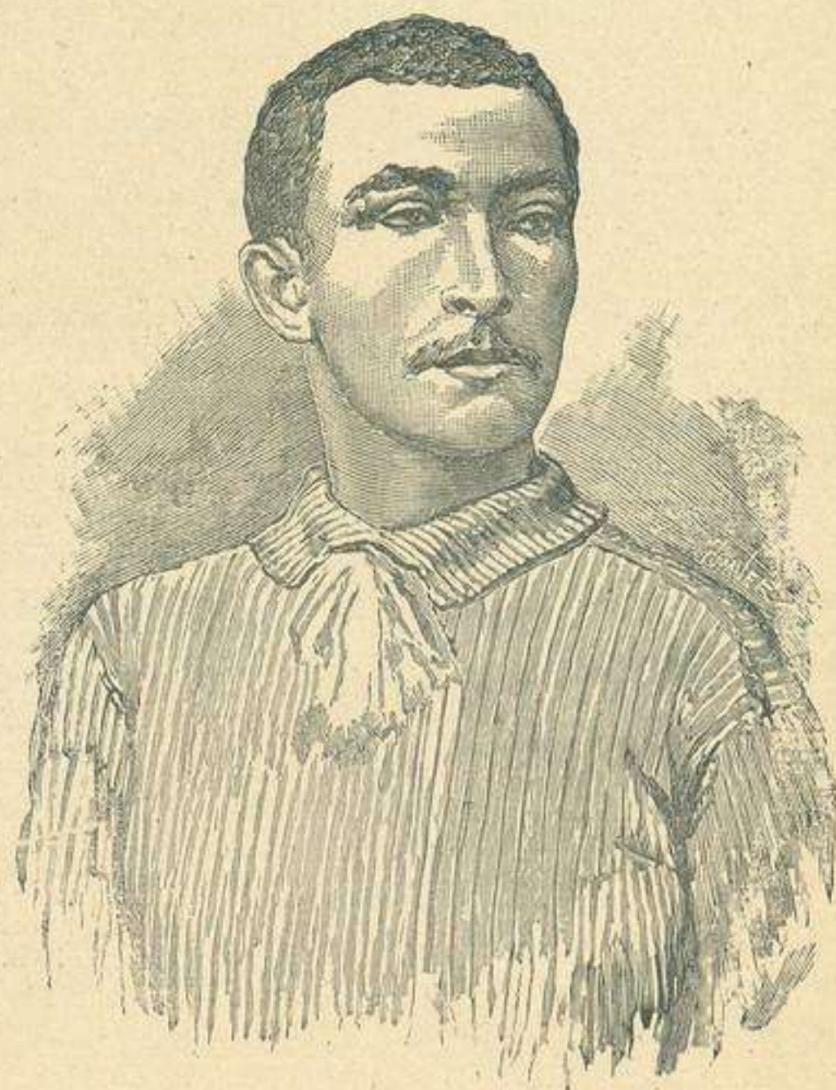
1.º ORENCIO PEDRÓS.



3.º CARLOS ELGUETA.



2.º SALVADOR GOMILA.



4.º PEDRO LAPUENTE.

LA QUINCENA CICLISTA



CONTECIMIENTO importantísimo para el ciclismo español, ha sido la gran carrera [de fondo entre San Sebastián-Madrid, intrépidamente efectuada por Orencio Pedrós, Salvador Gomila y Carlos Elgueta, cuyos retratos publicamos.

Ha sido una excelente prueba de la resistencia de los corredores españoles, y una prueba más también del deplorable estado en que se encuentran las carreteras de nuestro país.

Bien conocidos de todos son los detalles de esta carrera, sobre la

que tantas y tan distintas apreciaciones se han hecho.

La carrera en sí, considerada como prueba, no ha sido un fracaso, y su organizador D. Manuel de Cerecedas, el presidente del *Club Velocipédico Madrileño*, ha sabido defenderse de los injustos cargos que han tratado de imputarle. Así, pues, debe estar satisfecho del resultado de este *ensayo*, en la certeza de que estudiando y corrigiendo las deficiencias por él mismo notadas y por él mismo con nobleza expuestas, llegará fácilmente á remediarlas para cuando se trate de organizar nuevas carreras de fondo.

Orencio Pedrós, el vencedor, hizo el recorrido de 535 kilómetros en treinta y cuatro horas nueve minutos.

Salvador Gomila, que llegó el segundo, empleó en la carrera treinta y seis horas cincuenta y cinco minutos, y Carlos Elgueta tardó treinta y siete horas cuarenta minutos.

Otro de los corredores, Pedro Lapuente, tuvo la desgracia de que se le rompiera la cadena de la máquina al bajar el Guadarrama, á cuyo pueblo llegó el segundo.

El *Club Velocipédico Madrileño*, considerando que quien llegó el segundo á Guadarrama pudo muy bien, sin el percance sufrido, llegar el segundo al término de su viaje, le ha concedido el cuarto premio.

Aunque Pedrós es conocidísimo entre la gente de pedal, voy á dar unos ligeros apuntes biográficos de corredor tan famoso.

Orencio Pedrós es aragonés y posee el campeonato de su region, uno de los títulos que más aprecia y que está dispuesto á seguir ostentando, para lo cual tomará parte en las próximas carreras de Zaragoza.

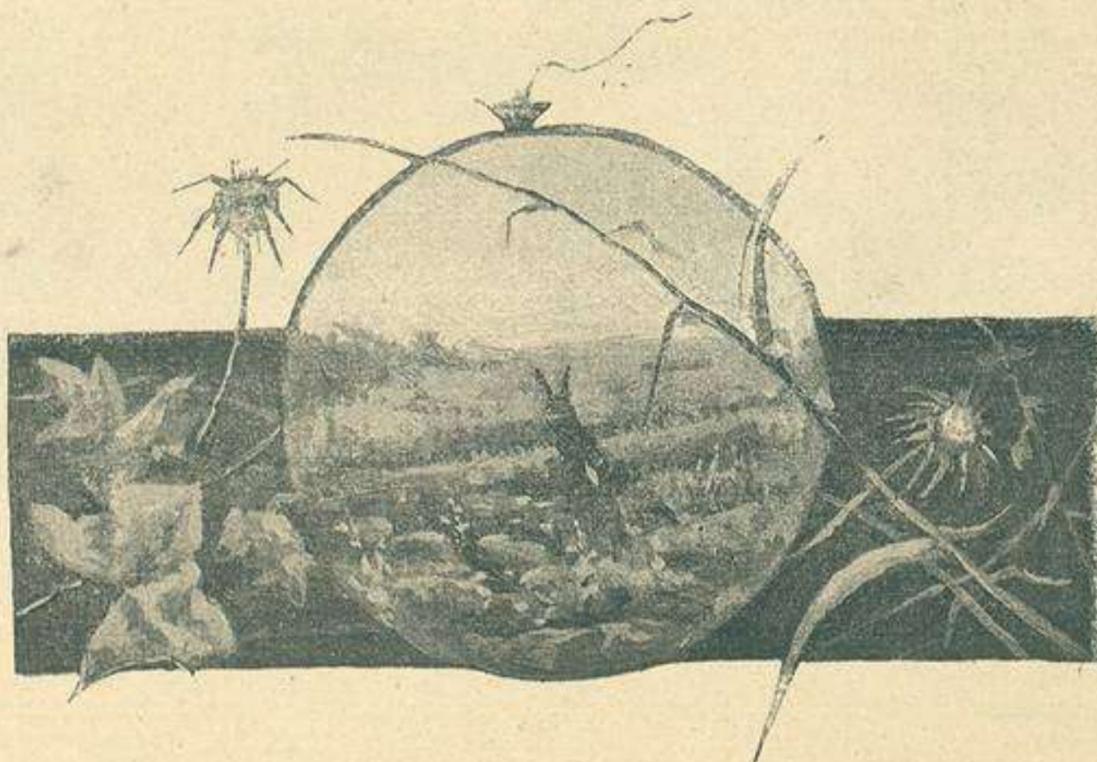
Pedrós llegó el segundo en la carrera Salamanca-Madrid, y ha dicho que se compromete á recorrer en menos de treinta horas la carrera de fondo San Sebastián-Madrid. Y conste que Pedrós es de los que cumplen lo que ofrecen.

Es un excelente corredor de resistencia, cual acaba de mostrar, y en carreras de velocidad ha luchado valientemente con los hermanos Campo, Campaña y otros no menos famosos campeones.

En la actualidad desempeña una plaza de cartero ciclista, que le sirve á las mil maravillas para prepararse, pues por término medio, cuando está en funciones del servicio, hace sus ochenta ó noventa kilómetros diarios.

Es, pues, el campeón de Aragón uno de nuestros mejores corredores de resistencia, y á las infinitas y justísimas felicitaciones que por su triunfo ha recibido, uno la mía, la menos valiosa, pero seguramente la más sincera.

DON ACTIVO.



HERNANDEZ.



CRONOTIPA S. PORTABELLA

SARAGOZA

COLECCION GARCIA VELA (HUYENDO DEL PELIGRO)

NOTAS DE LA GRANJA

El croquis que corona estas líneas reproduce una silueta familiar para los que veranean en San Ildefonso.

De camino... Tratándose de la Granja no necesitamos decir quién es la viajera.

Todo el mundo sabe la predilección que la infanta doña Isabel tiene por aquella magnífica residencia, fundada por Felipe el Animoso para consolar la nostalgia que en su espíritu produjera la ausencia del suelo natal y descansar tranquilo de los cuidados del cetro.

La ida de la ilustre dama a su residencia veramega constituye un día de júbilo para todos los pueblos de aquellos contornos, en los cuales es S. A. Providencia de los humildes y de los desamparados, así como también el alma que da alegría y vida a la temporada estival en aquel pintoresco real sitio. Por eso cuando la infanta atraviesa el puerto, guiando con intrepidez el brioso tiro de mulas que arrastra su carruaje de camino, repican a su paso las campanas, se encienden antorchas y luminarias, disparanse cohetes, salen a recibirla cientos jinetes, y con séquito tan lucido y entre grandes explosiones de entusiasmo hace su entrada en el Versalles de la abrupta Carpetania.

Desde entonces la vida en la



Granja entra en el apogeo de su animación y de su brillo, brillo y animación donde se armonizan perfectamente el trato familiar de la vida campestre con cierta fastuosidad aristocrática y de buen tono. A las veladas suceden las jiras y a las jiras las cacerías y las excursiones.

El regreso de la infanta de una de estas expediciones ha servido al inspirado lápiz de Unceta para hacer ese apunte, donde no se sabe qué admirar más: si lo gallardo de la ejecución ó la maestría con que está reproducida la fugitiva impresión de un momento.

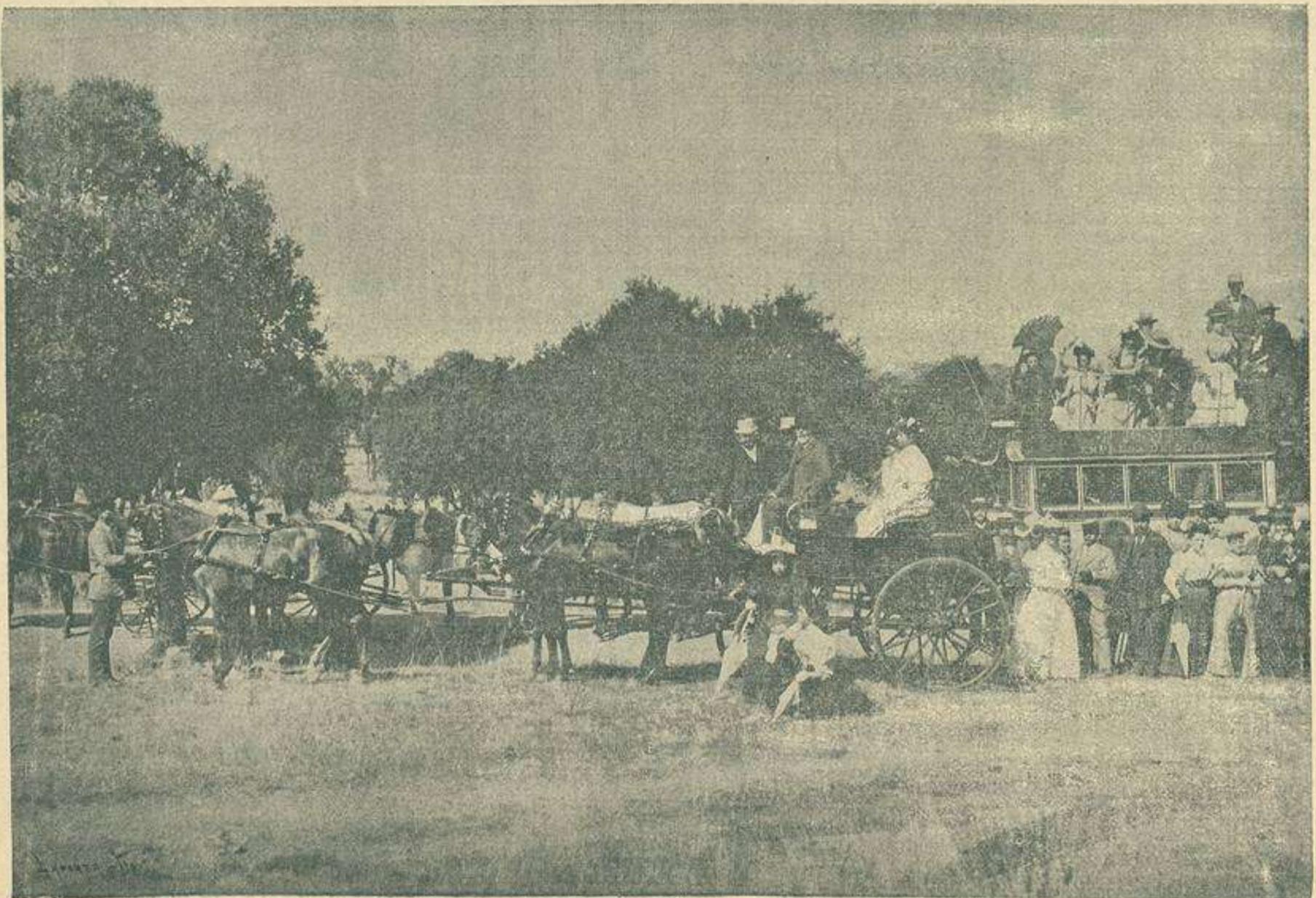
Regreso de una expedición.

Es una nota complementaria de la anterior, un perfil más del veraneo elegante en la Granja.

Los coches acaban de regresar de Balsain; los excursionistas terminan de apearse. En estos momentos les sorprende la *instantánea*.

El momento está felizmente elegido. No se ven más que caras satisfechas y risueñas, y sobre todo jóvenes muy elegantes y apuestas. La expedición ha debido ser muy agradable.

Lo cual demuestra que para divertirse y pasarlo a gusto no hace falta alejarse muchas leguas de esta buena tierra de Castilla



POESIAS

EL GENERAL "NO IMPORTA."

(FRAGMENTO)

«No importa» murmura el viento,
«No importa», del mar las olas,
y «No importa» la llanura,
y la montaña «No importa».

Lo dice el bravo que vence,
y en sus últimas congojas
abrazando á su bandera
el que á la patria se inmola.
Y este grito fiero y santo,
vida, y movimiento y forma
adquiere del enemigo
en la conciencia medrosa;
cuyo delirio le pinta,
con espada vengadora
un general invencible
que sus empresas malogra.

¡Un general!... Sí, el que cantan
nuestras leyendas heroicas,
el que en Numancia y Sagunto
humilla á Cartago y Roma;
el que el poder africano
en ocho siglos agota;
el alma de nuestro pueblo
libre, varonil, indómita,
es el general de siempre,
es *El general No Importa*.

V. RUIZ AGUILERA.

A UNA TAURÓFILA

En la plaza te ví, te ví en la grada,
y te confieso que, con honda pena,
te mantuviste allí, más que serena,
implacable, feroz, transfigurada.

Viva, centelleante, tu mirada
no se apartó de la sangrienta arena
ni en el momento aquél de la faena
en que expuesto á morir viste al espada.

¡Oh, qué horrible te hallé de aquella suerte!
Aún pienso con espanto en la corrida,
pues ya sé que la sangre te divierte...

¿Tú mujer?... ¿Tú la madre prometida?...
¡Si gozas con la lucha y con la muerte,
y una madre es amor, y paz y vida!...

EDUARDO BUSTILLO.

AL QUEMAR UN RETRATO

Me han dicho que eres tú la enamorada,
que un tiempo fué mi dulce desvarío,
que ese pecho ha latido junto al mío,
que he besado esa frente nacarada.

Me han dicho que eres tú la que enojada
disculparme no supo un extravío,
la que implorar al corazón más frío
llegó después, en lágrimas bañada.

No recuerdo de tí, ¡ni tu hermosura!
si es la tuya la imagen que me hechiza,
al fuego vaya la gentil figura

Y del tiempo que tanto simboliza
sólo queda en el ascua que fulgura
lo que me queda de tu amor: ceniza.

FOLLAS NOVAS

TI ONTE MAÑAN EU

Cain tan baixo, tan baixo,
qu'a luz onda min non vay:
perdin de vista as estrelas
e vivo n'a escuridá.

Mais, agarda... ¡o que te riches
insensibre ó meu afan!
inda estou vivo... inda podó
subir para me vingar.

Tirá pedras ó caído,
tiraille anque sea un cento;
tirá... que cando cayades
han-vos de facé-l-o mesmo.

Dios puxo un velo enriva
d'os nosos corazons,
velo qu' oculta abismos
qu'el poder ollar tan só.

Cand'eu penso o que viran
n'o qu'adorand'estou
homilde e de rodillas
cal s'adora al Señor,
s'este velo caise
de repente antr'os dous,
tembro... e incrinand'a frente
digo,—¡que sabio é Dios!

ROSALÍA DE CASTRO

LA HOJA SECA

A UNA PECADORA

Rebramó el huracán, y á sus embates,
temblando la hoja seca,
se desprendió del vigoroso tronco,
y de goces sedienta,
quiso volar, ser libre,
cruzar sin trabas la anchurosa esfera...

y se arrojó en los brazos de una ráfaga
que suspirando la meció violenta
y la elevó hasta el cielo
y del espacio la aclamó por reina...

Tú también, dulce sueño,
temblaste un día delirante y ciega,
y brindando al placer los tiernos brazos
te dejaste arrastrar por la tormenta...
¡Infeliz prenda mía!
¡desdichada hoja seca!
el huracán que al cielo te levanta.
¡te arrojará por tierra!

EMILIO FERNÁNDEZ VAAMONDE

CANTARES

Tengo una casa pequeña
llena de luz y de sol,
y una madre que me adora...
¡Nadie hay más rico que yo!

Hoy sobre su sepultura
encontré un ramo de flores...
¡Ni muerta es para mi solo!
aun la idolatran los hombres.

Dicen tus negros ojos
cuando me miran,
algo que es muy hermoso
sino es mentira.

No encontrarás en el mundo
amor como el de las madres:
no hay interés que lo compre
ni ingratitud que lo mate.

Son tus ojos como el mar,
grandes y verdes y hermosos;
por eso yo temo tanto
la tempestad de tus ojos.

Cuando me pongo á pensar
en que tengo que morir,
lo que más pena me causa
es que te olvides de mí.

FILOMENA DATO MURNAIS

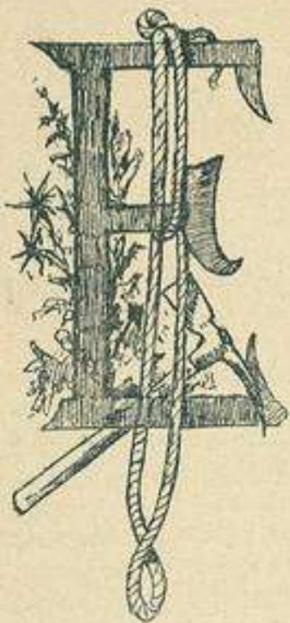
No se le pide cariño
á quien de veras se quiere:
mientras se tiene, se vive;
cuando se pierda, se muere.

Por amarme la insultaban,
y... ¡mira si la quería!
que me alejé de su lado
sabiendo que me moría.

J. ALCAIDE DE ZAFRA.

ENTRE CONDÍSCIPULOS

CUENTO FLAMENCO



ERA más bonita que una onza de oro, y más graciosa y más *atractiva* que mujer en el mundo. Créeme tú.

—¿Que si lo creo?

—Yo era un «chavaliyo *otavía*,» sin mundo y sin conocimiento, y me volví loco por ella. Aluego su padre, que era buena persona...

—Asina murió él: á manubrio, como le dan cuerda á esos pianos.

—Aquella fué una injusticia como la de traernos á nosotros á veranear en Melilla.

—No digas eso, que el *Tío Camisón* era más peor que el cólera morbo.

—Para mí fué un amigo que aconsejaba á Rosarito para mi bien.

—Lo que él decía siempre: «Quiérelle tú, Rosita de Jericó, lus de la mañana, estreyita é la mar; que es un hombre bueno y honrado como tú no puedes suponer

siquiera.» ¿No decía así?

—¿Tú le has conocido?

—¿Quién no le conocía en San Fernando? Yo iba muchas veces, y de allí vino el conocimiento.

—¿Y á Rosarito la conociste?

—No—respondió el interpelado, después de algunos segundos de duda—no ayegué á conocerla en jamás.

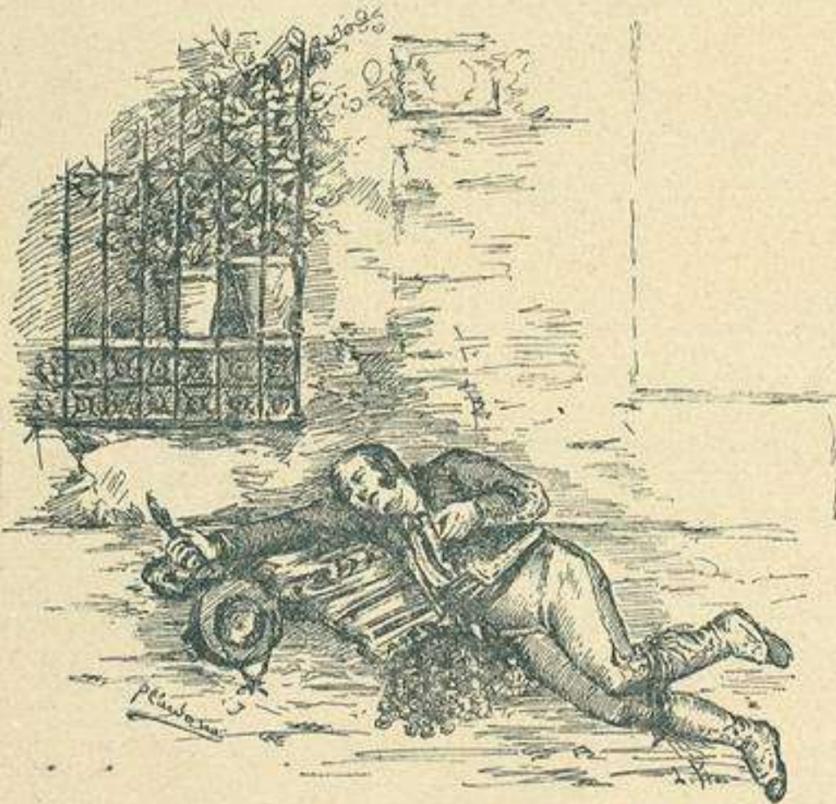
—Por aquella mujer he venido yo á parar en este *presiyo*.

Yo era solo en el mundo. Mi padre, que fué el último que murió, vamos, después de mi madre, me había dejado algunos intereses: dinero, algo de viña y un cortijo. Por fin, pa vivir sin *ajogos*.

—¿Pa un hombre donceyo, que más se vá á pedir?

—Conocí al *Tío Camisón* y á su hija en una tienda de montañés; bien me acuerdo.

—¿En alguna *juerga*?



—Rosarito cantaba como un ángel y *Tío Camisón* mujía por lo *jondo* y tocaba las palmas por música y por principios. Asin era, que les convidaban para reuniones de personas principales ú extranjeros que caían por San Fernando.

—¡Valiente sinvergüenza!

—Aquella noche conocí á Rosarito: me parece que fué ayer. Fuimos tomando franqueza. *Tío Camisón* me pedía algunos dine.

ros pa *vinicurtura*, y yo se los daba con gusto. Aquella mujer me tenía dislocao.

—Sea todo por Dios.

—Cierta noche se presentó un guasón en la casa de Rosarito, pa yevarla á una fiesta de personajes. El *Tío Camisón*, como tenía un corazón tan sensible, se dispuso á llevar á la niña á la cita, acompañándola él mismo. Pero no era eso lo que quería el guasón que iba en su busca.

—¿Y qué pasó?

—Que quiso yevársela por la fuerza, y yo metí er capote... Digo, que salimos desafiados á la calle... y yo tuve la desgracia de tomar blandos y... le tendí al primer plumaso.

—¡Buen viaje!

—Tuve que *najarme* deseguida. Cuando pasaron algunos días me presenté una noche en casa de *Tío Camisón*. Rosarito fingió que se espantaba y como si hubiera visto un espectro, rompió á gritar: «¡Es él! ¡es él!» Igual que en algunas comedias. Con lo que acudieron varias vecinas y, ya sobreaviso, me echaron mano los policías á la otra vez que entré en San Fernando.

El otro individuo suspiró.

—Logré escaparme de la cárcel.

—¿Para qué?—preguntó filosóficamente el camarada.

—Es verdad—afirmó el narrador.—Para verla con otro hombre.

—¿Y el *Tío Camisón*, qué decía?

—Lloraba de pena, como un chiquiyo y me decía: «¿Qué quíes jaserle, hombre, si ha salío con ese carácter?» Yo había dado á aquella mujer todo cuanto tenía, y aun mi vida me parecía poco. Se me agolpó la sangre á la cabeza y...

—¿Otro alfilerazo?

—Cayó el infeliz al pié de la reja...

—¿Y tú vorviste á la academia?

—Pues; y á Melilla, pa un *puñao* de años.

—Es el sino de la criatura.

—Cabal.

—¿Y no volviste á saber de Rosarito?

—Supe... y no quisiera acordarme... Por ella hubiera sido capaz de robar y de jaserme n enistro y de todo en el mundo, lo más feo y lo más grande. Y supe que aquella fiera se había casado.

—¿Y no supiste con quién?

—No; con algún sinvergüenza.



—No te metas con los maridos, hombre, que harta desgracia tienen.

—Con argün canalla...

—Vamos ayá.

—Ella era mala mujer... Tú no puedes ni pensar lo que era aqueyo.

—¿No lo he de saber, primo?—preguntó sonriendo y como quien rompe un secreto.—Si fui yo su marido.

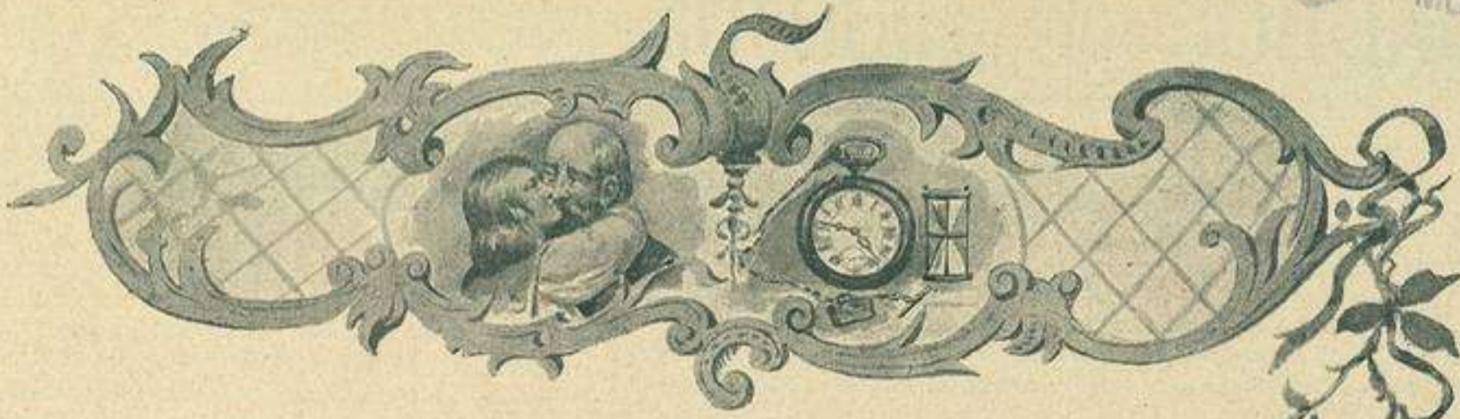
—¿Tú?

—Sí, yo que estoy aquí también por ella. Un dia me dequivoqué y la corté el pescueso.

—¿Y está aquí por eso?

—¿Pues qué creías? ¿Que me habían traído por recomendaciones? ¿Conocería yo á Rosarito?

EDUARDO DE PALACIO.



EL REGALO

Abrió el cajón, y el niño, que estaba de pie á su lado, vió el reloj:

—Abuelito—dijo—démelo usted.

—Te lo daré el año que viene—contestó el abuelo—si estudias y eres muy juicioso. Eso ya lo veremos.

—¡El año que viene!—exclamó el niño.—
¡Pero abuelito, acaso antes te hayas muerto!
¡Dicen que eres tan viejo y que estás tan enfermo!...

El anciano quedóse pensativo y se dijo para sus adentros: «¡Tiene razón!» en tanto que sus temblorosos dedos acariciaban suavemente la rizada cabellera del niño.

Tomó el reloj con su pesada cadena, y le puso en las manitas ávidas que lo esperaban.

—¡Fué de tu padre—le dijo—él me lo dejó!

* * *

Habían cavado una fosa de párvulo. Los niños de la escuela estaban colocados en fila alrededor, y un anciano penosamente se ponía de rodillas en el suelo.

El viento fresco de la mañana movía con dulzura los blancos cabellos del anciano. El pequeño féretro descendió en el agujero. ¡Pobre niño! ¡Quién pudiera imaginarlo!

El pobre viejo volvió á su casa llorando amargamente, y otra vez colocó el reloj de de plata en el cajón.

Mlle. VIRGINIE LOVELING.



CUADROS Y DIBUJOS

EL HERBOLARIO

No puede darse mayor celo por el oficio. Ahí tienen ustedes á ese simpático viejecillo entregado en pleno bosque á sus trabajos de herborización, escogiendo cuidadosamente las plantas medicinales que encuentra al paso, encorvándose aquí, escudriñando allá y envolviendo con cuidado el precioso botín de sus exploraciones campestres en un pañuelo de... *hierbas* en toda la extensión de la palabra.

Ni la fatiga parece rendirle á juzgar por su cara sonriente, ni la frescura y humedad del bosque arredrarle.

Hoy los adelantos de la farmacopea han matado la modesta industria de los herbolarios, grandes proveedores de remedios caseiros en el hogar de nuestras abuelas.

Pero á mediados del siglo pasado tuvo la industria su época de prosperidad y lucro, si bien es cierto que los gobiernos tuvieron que inspeccionar cuidadosamente las tiendas de herbolario para cerciorarse de la bondad de las plantas y raíces puestas á la venta y evitar de este modo los frecuentes casos de envenenamiento á que daban lugar los trabajos botánicos de herbolarios poco escrupulosos y por demás indoctos. De aquella época es el célebre proceso que en Francia se siguió contra el herbolario Joye. Pero el nuestro, ¡no hay más que verle! por la expresión inteligente de su rostro y el pulcro aliño de su pintoresca indumentaria, representa los días de oro de la clase, y es un digno ejemplar de aquellos antiguos herbolarios que al mismo tiempo eran doctores concienzudos y botánicos experimentadísimos.

Jiménez Aranda muéstrase en el cuadro conque honra nuestras páginas el gran maestro de siempre, el artista de incomparables gallardías en el dibujo, en la expresión, en el color, en todo.

HUYENDO DEL PELIGRO

Estamos en la campiña italiana; un tren desemboca á toda máquina en la llanura. En su loca carrera da al aire el monstruo de vapor blanca y espesa melena de humo que, como la de Absalón, se prende y enrosca en los árboles del camino.

La estrepitosa balumba que al correr produce aquellavisión espantable despierta los ecos del campo hasta entonces en deleitoso silencio recogido, y pone en fuga precipitada á una bandada de gansos que por allí entretienen los ocios de su vida en tierra firme.

Los animalitos presienten el peligro y lo anuncian graznando á coro, aunque con bastante menos oportunidad que lo hicieron sus famosos congéneres capitolinos.

La muchacha que guarda á las impresionables palmípedas, vuelve graciosamente hacia el tren su cabeza adornada con el albo tocado de las campesinas napolitanas, y sonríe al ver el susto de las aves.

Hernández ha demostrado con su cuadrito no solo talento, sino también ingenio.

No puede verse sin una sonrisa el espanto cómico de los gansos. Sin embargo, ¡cuántos en el mundo graznan por menos!

JIMÉNEZ ARANDA

Después de una obra aplaudida, nada más natural que la presentación del autor en escena.

Por eso, aun con riesgo de herir la modestia proverbial del maestro Jiménez Aranda, publicamos su retrato sin que él lo sepa y exponiéndonos á que nos desautorice y se enoje.

Porque el ilustre autor de los *Pequeños naturalistas* posee una modestia digna rival de su talento inmenso.

Los que tienen la fortuna de tratarle dicen que cuenta con pocos amigos íntimos; en cambio son innumerables sus admiradores.

Es tan reservado, que cuando alguno visita su estudio, el artista se guarda muy bien de mostrar sus obras admirables. Existe la leyenda de que guarda como oro en paño—y oro son en efecto, y de buena ley—unas magníficas ilustraciones al *Quijote*, que según los iniciados, son las obras maestras de su vida. Sin embargo, permanecen en el mayor misterio, y no se publicarán nunca probablemente... porque no habrá dinero con qué pagarlas.

Jiménez Aranda es de Sevilla, patria feliz del arte, cuna de memorables ingenios.

La lista de sus obras premiadas es interminable. Sus triunfos más recientes los obtuvo con la *Desgracia*, *Abandonada*, *Loca*, y otra porción de cuadros de sobra conocidos, pero nunca bastante admirados.

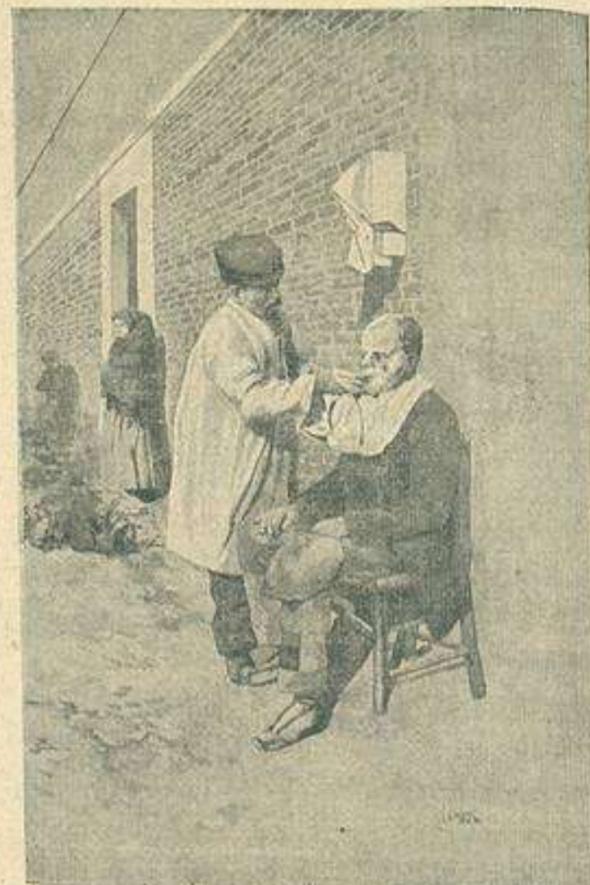
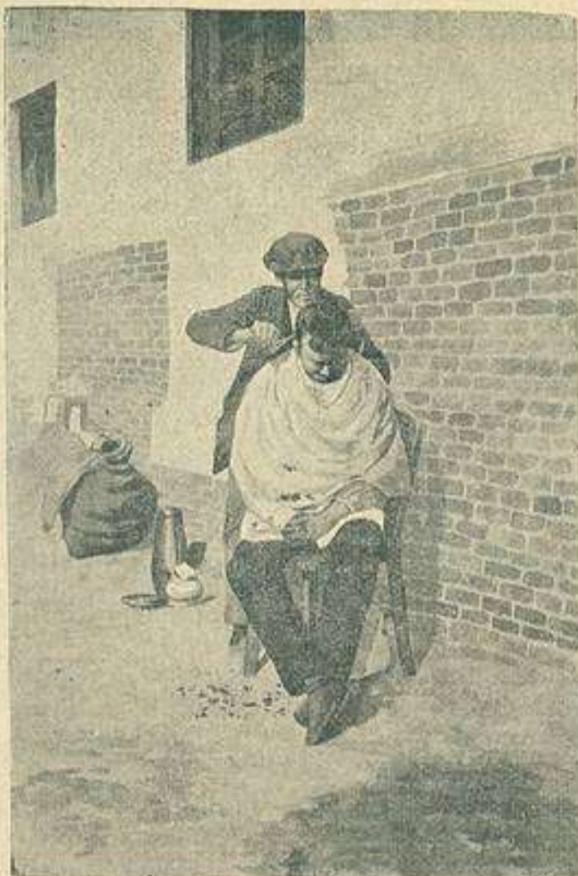
Tanta fama como en España goza en el extranjero. Paris es su gran mercado. Pero en el extranjero se le paga y se le admira. Y nosotros nos contentamos con admirarle. Del mal el menos, porque no todos los artistas consiguen esto en España.

CARA AL SOL

Allá por la Ribera de de Curtidores, por la plaza del Rastro, por las Vistillas, cuando aún existía el Caserón de Osuna, y en general por los rincones del Madrid Viejo, pero muy viejo, suelen aún verse barberos ambulantes, que cara al sol pulen y alifian las toscas greñas y enmarañadas barbas de los parroquianos de buena voluntad.

En la historia de la peluquería nacional (que Dios sabe si llegará á escribirse, pues en más *descabellados* tiempos se ejercitan hoy las plumas) el barbero ambulante representa la infancia del arte, del arte en *cañones*, ó en estado de canuto.

Cara al sol, por V. LARRAGA



CHARADA

Es mi *prima* con mi *quinta* pronombre demostrativo, del número singular y género femenino. Si á *segunda*, *quinta* y *tercia* unes *cuarta*, el apellido formarás de un escritor que en su tiempo fué ministro. En *quinta*, *tercera* y *prima* muchas espadas he visto; *segunda* y *quinta* lo hace siempre cualquier individuo, que no sabe si le gusta algún manjar ó algún vino. Con *prima*, *quinta* y *segunda* una zurra le di á un chico; la leche con *cuarta* y *quinta* tiene un sabor exquisito, y de no estar bautizada presenta claros indicios. Vi una *segunda* con *cuarta* en mí, y exclamé abatido: —¡Jesús, se pasan los años casi, casi, sin sentirlo! Mi *todo* existe en Palacio, y alguna vez lo habrás visto si por el Campo del Moro acaso bajaste al río.

X

CHARADA EN PROSA

Mi querido *una* y *dos* con *s*:
Ayer me encontré un *prima* de compadre que no había más que pedir. Iban los *dos* tan unidos, que *prima* y *segunda* parecían una misma cosa. Hablaban de los *todos* que son muy sabrosos cuando se comen, y ellos, que ya estaban *todos* de tanto disputar, decían:

—*Prima* es igual á *segunda*, tan igual, que tirese por donde se quiera, representa una misma cosa.

Esto me hizo gracia, y te lo comunico tu afectísimo

s

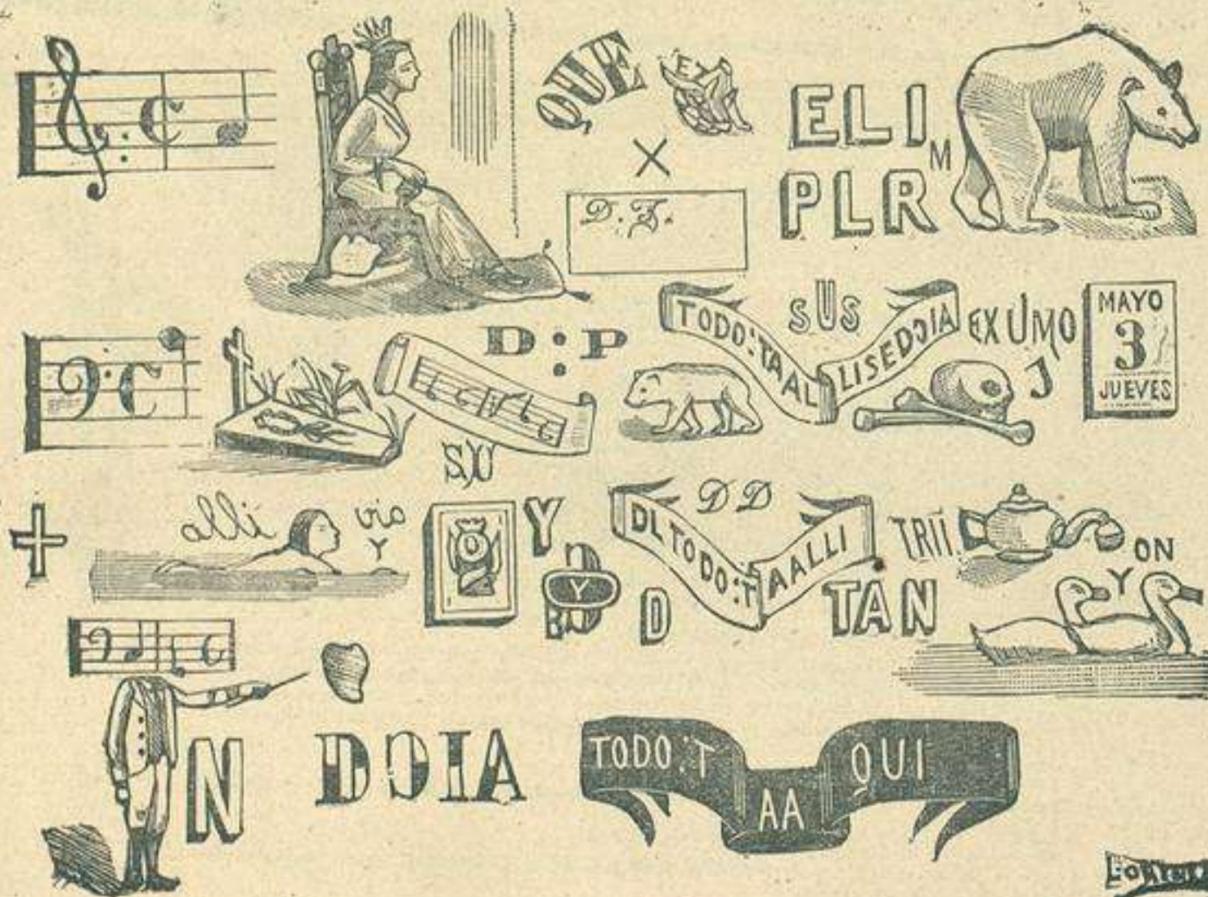
PABLO.

EL GALÁPAGO DE CORREOS



—¡Pero hombre! ¿Como es que está carta ha tardado diez días en venir desde Guadalajara?
—¡Diez días! Pues es chocante.
—Claro que es chocante.
—Muy chocante, por que las de Guadalajara tardan un mes.

GEROGLÍFICO



PENSAMIENTOS

Las mujeres son parecidas á la parra; no sabrían tenerse en pie y subsistir por sí mismas. Necesitan de un apoyo, aun más para su espíritu, que para su cuerpo. Pero á menudo arrastran consigo este apoyo y lo derriban.

Nicole.

El primer amor de la mujer es, con frecuencia, su última muñeca.

Paillerón.

Las mujeres han de ser instruidas, pero no sabias.

Mlle. de l'Espinasse.

No llares á puerta ajena, si no quieres que llamen á la tuya.

Proverbio turco.

Las mujeres tienen una aritmética particular: si se les pregunta por la edad de una amiga, multiplican por dos; pero en preguntándoles por la suya, dividen por dos.

MARCA DE FÁBRICA
FÁBRICA DE CERVEZAS
 BEBIDAS GASEOSAS
 DE LAVAPIÉS
 VALENCIA N.º 1
CLEMENTE SANCHEZ

CERVEZA
 ALEMANA
 BABIERA
 FUERTE
 DOBLE
 GASEOSA
 LIMON
 NAJANJA
 ZARZAPARRILLA
 AGUA DE SELTZ



DES-PACHO
 Puerta del Sol
 N.º 1
MADRID

Teléfonos
 869 y 47
 Exportación a
 Provincias

CONSULTORIO MÉDICO-QUIRÚRGICO INTERNACIONAL.

DIRIGIDO POR OCHO MÉDICOS
 DE DIFERENTES NACIONES.

ABIERTO DE LAS 9 DE LA MAÑANA

À LAS 7 DE LA TARDE

GUARDIA MÉDICA

PERMANENTE

TELÉFONO
 783

PUERTA DEL SOL, 8

ARENAL, 1-MAYOR, 2

MADRID



SECCION DE CIRUGIA.

SOCIEDAD "VIZCAYA" FÁBRICA EN SESTAO.

La mayor productora en España de lingote y
 acero MARTIN SIEMENS. Lingote al cok de calidad superior
 para BESSEMER, MARTIN-SIEMENS, fundicion y pudelaje:
 clases especiales como resistencia para máquinas.
 Productos laminados de hierro y acero en viguetas, carriles, barras etc. etc.
 Dirigirse al Gerente de la Sociedad "VIZCAYA"
BILBAO.



SERVICIOS DE LA COMPAÑIA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

LÍNEA DE LAS ANTILLAS, NEW-YORK Y VERACRUZ

Con escalas en Puerto-Rico y Progreso y combinación a puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.—Tres salidas mensuales.—El 10 y 30 de Cádiz, el 20 de Santander.

Línea de Filipinas

Con escalas en Port-Said, Aden, Colombo y Singapoor; servicio a Ho-Ilo y Cebú, y combinaciones y Kurachos y Bushire (Golfo Pérsico), Zanzibar y Mozambique (costa oriental de África), Bombay, Calcuta, Saigon, Sidney, Batavia, Hong-Kong, Shangay, Hyoyo y Yokohama.—Salidas cada cuatro semanas de Liverpool, con escalas en Coruña, Vigo, Lisboa (facultativa), Cádiz, Cartagena, Valencia y Barcelona, de donde saldrán cada cuatro viernes a partir del 5 de enero de 1895

Línea de Buenos-Aires

Con escalas en Santa Cruz de Tenerife y Montevideo.—Seis viajes anuales, partiendo de Marsella, con escalas en Barcelona, Málaga y Cádiz.

Línea de Fernando Póo

Con escalas en Las Palmas, puertos de la costa occidental de África y golfo de Guinea.—Cuatro viajes al año partiendo de Marsella y con escalas en Barcelona y Cádiz.

Servicios de Africa

Línea de Marruecos.—Un viaje mensual de Barcelona a Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagan.—Servicio de Tánger.—El vapor Joaquín del Píalago sale de Cádiz para Tánger, Algeciras y Gibraltar los lunes, miércoles y viernes, retornando a Cádiz los martes, jueves y sábados.

